

NOTA EDITORIAL

Hace treinta años Julián Marías publicó su *España inteligible*. En ella se mostraba que España no había sido el país “conflictivo, irracional y enigmático” que tan a menudo se ha tratado de hacer ver. La Historia española manifestaba la realidad de una trayectoria coherente, de un país “inteligible si se lo mira desde su génesis, sus proyectos, su argumento histórico”.

Marías se enfrentaba a la probabilidad de una acusación de “herejía” cultural, al situar a España entre los países normales de entre los importantes, cuando la moda –de dentro y de fuera– empujaba hacia la insistencia en la rareza española, precursora de su fracaso y de su irrelevancia. Una democracia tardía, una libertad política apenas estrenada y un evidente déficit de desarrollo económico y social, parecían avalar entonces la idea de una España fuera de sitio, al margen de la modernidad.

Sin embargo, muchas de estas imputaciones no eran el destilado de un trabajo académico, reflexivo y desapasionado. Buscaban un efecto sobre el presente y el futuro de España, sumando a los lastres reales otros imaginados, de carácter esencial e insuperable. Pretendían el desistimiento. No era que España lo tuviera complicado, era que no tenía razón de ser. No valía la pena, pues, ni pretender recuperar el paso de la historia, porque eso nunca se iba a producir. En España, no.

El pesimismo tomaba el relevo de los “demonios familiares” para impulsar soluciones políticas fuera de estándar, sin Estado de derecho, sin pluralismo ni partidos y, en definitiva, sin política moderna, sin libertad y sin nación. Había que cultivar un pesimismo irreductible, asumir a conciencia el papel de continuador del drama nacional, alimentar cada día la idea de que el español verda-

deramente lúcido solo puede ser pesimista, que solo los ignorantes y los simples pueden creerse una transición que realmente creara una democracia moderna, con libertad e igualdad, con sincera voluntad de integración y concordia.

¿Por qué este oficio de tinieblas interminable sin posibilidad de resucitación? Vibraba detrás de esta salmodia un proyecto político que necesitaba, más que temía, el fracaso de la España democrática. No existía ahí una causa histórica sino una intención política, la de quienes encuentran un estorbo en España como sociedad abierta. Estamos de nuevo en eso. El argumento se cifra así: los simples se tragan el cuento de la Transición, la gente sofisticada sabe que es una mentira y que la ruptura, es decir, la victoria de otros sobre unos, sigue pendiente.

El tiempo dejó fuera de dudas que la esperanza de Marías era razonable. Los “simples” crearon con su voto el mejor argumento posible para España y le dieron a su país el más claro sentido histórico que haya tenido nunca. Para empezar, un sentido inclusivo, no sectario. Realizaron un progreso material y social que los situó en el centro de los grandes procesos políticos y económicos. España era una variante europea, un país plenamente europeo por historia y por vocación, separado por la Dictadura de la integración inaugurada en 1951, pero absolutamente identificado con ella y perfectamente capaz de ella. Capaz de asumir el acervo comunitario como un nuevo corpus jurídico modernizador del país, y capaz de asumir su espíritu y su intención. Un país que incluso sabía acelerar etapas hasta hacerse presente en el momento fundacional del euro junto a los grandes de siempre.

Hubo mucho más que estadística y macroeconomía detrás de este acontecimiento. Hubo buen gobierno, institucionalidad, perseverancia, sentido de Estado, transversalidad política y compromiso de la sociedad civil. Hubo un país inteligible para sí mismo y para el mundo que hizo una transición modélica y que adquirió velocidad de crucero. España tenía pleno sentido.

Por eso, la Historia de España se entiende muy bien desde 1975 hasta 2004, hasta el momento en que quedó interrumpida. La interrumpieron quienes primero la juzgaron imposible y luego, viéndola realizada, decidieron cambiarla a ella en lugar de cambiarse a sí mismos. En esto no hubo un error intelectual, no hubo un extravío del juicio; hubo una voluntad de involución,

un empeño de deshacer, un deseo de que las cosas no nos hubieran ido tan bien, porque nos habían ido “como españoles de la Transición”, como pueblo español al completo.

En lo que tiene de autóctono, el deterioro de España no es un proceso endógeno, con origen en 1976 y de lenta pero inevitable manifestación cuarenta años más tarde. Nuestra crisis no latía en las urnas el 15 de diciembre de 1976, ni el 6 de diciembre de 1978. Es un proceso exógeno, instilado luego en un sistema que no habría padecido los problemas añadidos que padece de no haber existido alguien que deliberadamente se los creara. No hay reforma alguna capaz de blindarse a priori frente a esa actitud ni ese mal juego. Y por supuesto, ninguna reforma tiene sentido –valor para la España que tiene sentido– viniendo de ahí. Llegado el momento, el sistema, cualquier sistema, necesita de quien lo defienda frente a quien lo agrede.

Pero para suscitar esa actitud decididamente cooperadora y reparadora, transideológica y multipartidista, no basta con señalar a quien hace lo que no debe. También es necesario hacer lo que se debe. Tomarse en serio la obligación de la ejemplaridad y no utilizar el patrimonio cívico creado a lo largo del tiempo como parapeto para la inacción. Restaurar la política es posible si previamente se disipa cualquier duda de las que se ponen en circulación utilizando casos y ejemplos relativamente menores pero hirientes, suficientes todos juntos para crear una impresión de fracaso generalizado, de fallo multiorgánico de un sistema que se repliega sobre sí mismo.

Se ha hecho presente de nuevo la estirpe de quienes descreen de España para declarar que la crisis y sus efectos políticos y sociales hunden sus raíces no en las malas decisiones de malos gobiernos inspirados por los peores catecismos del mal progresismo, sino en la naturaleza misma del sistema político creado a partir de 1975 e incluso en el “alma” de lo español. Una vez más, la España imposible y sin sentido. No tienen razón, pero tienen coartada. Y hay que clausurarla.

España no está para invocarla sino para continuarla. Contra lo que pretenden quienes se resisten a aceptar que sea el país importante y capaz que ya ha demostrado ser. La política, a pleno rendimiento, apoyada en valores com-

partidos y proyectos razonables con los que se mostró un compromiso veraz hasta el sacrificio personal, ha desmentido durante cuarenta años a los no tan numerosos miembros del club del esperpento como género propio español. Y así ha de ser nuevamente ahora.

Lo que sea para España el año 2015 está aún pendiente de verse, nada se puede dar por supuesto. Todo dependerá de lo que se quiera aprender de lo vivido. De lo que se haga y de para qué. De los proyectos y de su capacidad de integración y de movilización. Dependerá de que se acierte o no a hacer inteligible para todos, pero en primer lugar para los propios, una propuesta coherente y ajustada a lo que España es y necesita.

Cuadernos de Pensamiento Político contribuye una vez más a esta ambiciosa tarea con los siguientes trabajos: “Sobre la libertad”, intervenciones de José María Aznar y Enrique Krauze en la entrega del V Premio FAES de la Libertad; “La reforma federal, entre el modelo y la política”, de Javier Zarzalejos; “El terrorismo yihadista: una amenaza híbrida”, de Rogelio Alonso; “El ISIS y la educación yihadista”, de Alessandro Orsini; “¿Una nueva Guerra Fría?”, de Javier Rupérez; “Retos y perspectivas de la economía española en 2015”, intervenciones de Juergen B. Donges y Fernando Fernández Méndez de Andés en la I Mesa de Economía FAES; “El asimilacionismo nacionalista vasco. La emigración española al País Vasco en la segunda mitad del siglo XX”, de Pedro José Chacón Delgado; “La nueva Comisión Juncker: buenos propósitos, demasiados obstáculos”, de Eduardo Inclán Gil; “Las elecciones *midterm* de EE.UU. ¿Qué han significado y qué se puede esperar?”, de Carlota García Encina; “Brasil 2014: la hegemonía del PT se tambalea”, de Adrián Ibáñez; “El final de las ideologías y la vuelta del extremismo político a Europa”, de Ángel Rivero, y “Nietzsche y los tópicos del pensamiento actual. Breves notas desde una posición heterodoxa”, de H.C.F. Mansilla.

Las reseñas por su parte son: *World Order. Reflections on the Character of the Nations and the Course of History* (Henry Kissinger), por Antonio Rubio Plo; *La Monarquía según Jon Juaristi (A cuerpo de rey. Monarquía accidental y melancolía republicana)*. Jon Juaristi), por Tom Burns Marañón; *España y Cataluña: Historia de una pasión* (Henry Kamen), por Leah Bonnín, y *Después del muro. Alemania y Europa 25 años más tarde* (J.M. Martí Font), por Roberto Inclán Gil.